

tral en veinte y cinco libras de algodón por individuo. Guarionex, rey de la Vega, ofreció pagar sus contribuciones en cereales en lugar de oro, sólo pretexto de que sus súbditos no sabían recogerlo en los ríos de sus Estados.

Rehusólo Cristóbal Colon, y sostuvo el impuesto en oro.

Algunos historiadores, al tratar este punto, han calificado de rigor é imprevisora codicia esta medida de Colon. Las Casas, llevado de su ardor por la defensa de los indios, no podía dejar de irritarse contra este primer impuesto que hubieron de soportar. Hace observar las ventajas de la proposición de Guarionex, que iba á poner en cultivo una llanura fértil en un espacio de cincuenta y cinco leguas, y con una sola cosecha hubiera podido alimentar toda Castilla por espacio de diez años. Pero Castilla no tenía necesidad de trigo. El rey Fernando pedía oro y no granos. Y no era admisible el pretexto alegado por Guarionex de que sus súbditos no sabían recoger el oro en las orillas de los ríos y hasta en nuestra época no satisfaría esta excusa á ningun jefe de administracion.

El Almirante se veía precisado á obtener oro. El historiador real, Herrera, comprendía perfectamente las dificultades de esta situacion. «Como el Almirante, dice, era extranjero, solo, poco favorecido de los ministros de los Reyes Católicos, comprendía que las riquezas eran lo que él debía atesorar con preferencia; por cuya razon hacia más caso del oro que de ninguna otra cosa. Tocante á lo demas, se portaba en todos sus actos como verdadero cristiano y temeroso de Dios; de manera que moderó los tributos (1), etc.» Efectivamente, los redujo á la mitad. Despues no hubo ya más obligacion que la de llenar la mitad del cascabel.

Á pesar de haber aliviado tanto la contribucion, una profunda tristeza se habia apoderado de la mayor parte de los habitantes de la Española.

Las cargas que los Caciques exigían de sus súbditos duraban siempre muy corto tiempo, y se limitaban á ciertos ligeros derechos de caza y pesca, á una corta cantidad de cazabe, de algodón, y al servicio de las armas en tiempo de guerra. El alimento, casi exclusivamente vegetal de aquellos pueblos, no les daba ningun vigor. No se empleaban en ningun trabajo pesado, porque la naturaleza por si misma proveía á sus principales necesidades. Pasaban la mayor parte del tiempo en la siesta, los juegos y las danzas. Los del litoral se absorbían en contemplacion estéril en la orilla del mar, mientras que los habitantes de los valles y de las montañas del interior pasaban las horas muellemente recostados á la sombra, ocupados en cuentos, cantos y diversidad de bailes (2). Había entre ellos poetas

(1) Herrera, *Historia general de las Indias*. Década 1, lib. II, cap. XVII.

(2) Debiéndonos limitar á nuestro objeto, no podemos hacer aquí la descripción de las costumbres primitivas y del carácter original de aquellas hordas salvajes. Los lectores que desearan saber la descripción de las costumbres indolentes y poéticas de la isla Española, la antigua *Haiti*, hallarán el cuadro fiel de la civi-

andariegos y galantes que narraban aventuras de Caraibes é historias de hechiceros. Aquellos trovadores selvicolas, propagadores de noticias, suplían con sus piés la falta de arpa ó de bandolin. Traducían á los diversos idiomas de la isla las poesías de la célebre Anacoana (1), cuyo nombre significaba «flor de oro.»

La reina Anacoana, la hermosa, la inspirada, la ingeniosa creadora de las grandes pantomimas y de los dulces poemas conocidos bajo el título de Areytos, seducida por el valor del aventurero Caonabo, quien, por confesion de Colon, tenía mucho talento (2), le habia concedido su mano en premio de su valor. El nombre de Anacoana estaba rodeado de un prestigio de irresistible seducción y soberanía intelectual. Su nombre simbólico no llegaba á oídos de los españoles sino al traves de los misteriosos bosques de Xaragua, donde se habia retirado la reina adorada al lado de su hermano el rey Behechio, despues del rapto de su valiente esposo Caonabo, «Señor de la casa de oro.» La danza ocupaba gran parte de la vida de los insulares. Sus bailes, muy modificados, y diferentes segun los distritos, tenían carácter nacional y nombres expresivos. Anacoana acababa de acrecentar en gran manera su importancia por la representación literaria y escénica que ella les destinaba.

Si el trabajo era penoso para aquellas constituciones flojas y débiles que participaban de la existencia fácil de las flores y de las aves, la regularidad de las labores no era ménos odiosa á aquellas hordas enemigas de toda violencia, en quienes no era la pereza ni un vicio ni un defecto, sino solamente una manera de sér. Los indigenas preguntaban cándidamente á los españoles cuándo contaban volver al *Turey*. Sin embargo, al ver que se levantaban sus construcciones de piedra, y observando que despedían sus buques sin embarcarse otra vez en ellos, comprendieron que los extranjeros se habian establecido en su país, y que estarían obligados á servirles: reconocieron entonces en estado de servidumbre, y apoderóse de ellos profunda melancolia.

Como no se les ocultaba su impotencia para expulsarles por medio de las armas, imaginaron, á fin de deshacerse de ellos, entregarles al hambre. Los españoles eran muy comedores, y como hacia mucho tiempo que no recibían provisiones y tenían siempre muy crecido número de enfermos, creyeron los indigenas que

lización de los indigenas, *los igneris*, en la obra tan interesante de M. Fernando Denis, *Ismael ben Kaizar*, novela histórica en la que la ficción no es sino un hechizo añadido á lo formal de la realidad, á lo ingenioso de la observacion y á la exactitud de la pintura. — ISMAEL DEN KAIZAR ó *el descubrimiento del Nuevo Mundo*, 1829.

(1) «Quæ in componendis areytis, id est rythmis, vates habebatur inter egregios.» — Petri Martyris Anglerii, *Oceanæ decadis*, liber nonus, fól. 63.

(2) Fernando Colon, *Historia del Almirante*, cap. LXI.



les expulsarian abandonándoles á sí propios. Cesaron pues de cultivar la tierra, arrancaron los árboles frutales y se retiraron á las montañas, esperando hallar en ellas raices, frutos silvestres, jutias, aves, peces en los arroyos, en fin, un alimento suficiente, teniendo en cuenta su sobriedad habitual.

Ejecutóse sin obstáculos esta trama, pero con perjuicio de los mismos que la habian concebido. Habianse retirado á las alturas espesas de las montañas; el aire más frío y más húmedo aumentaba sus necesidades. No podian fijarse en ninguna parte, y pasaban las noches expuestos á las inclemencias del aire. Las raices, los frutos espontáneos que hallaban acá y acullá no podian bastar para el alimento de aquellas gentes que huían continuamente, asediadas por el temor á los españoles. Las privaciones, las fatigas, y la insalubridad de aquellos bosques, donde el exceso de la vegetacion vicia el aire durante la noche por cierta evaporacion harto condensada de ácido carbónico, engendraban enfermedades de naturaleza epidémica que diezaban las filas de los emigrados, miéntras que los españoles encontraron recursos en la pesca, en las orillas del mar, en las embocaduras de los rios y en las provisiones que de improviso les llegaron de Castilla.

## CAPÍTULO VII.

LOS DESERTORES DE LA COLONIA, APOYADOS POR LAS OFICINAS DE MARINA, VAN Á LLEVAR Á LA CORTE SUS CALUMNIAS CONTRA LA ADMINISTRACION DE COLON Y DE SUS HERMANOS.—HÁCESE CORRER EL RUMOR DE SU MUERTE.—DON DIEGO COLON LLEGA Á ESPAÑA.—EL ORDENADOR DE MARINA LE SUSCITA OBSTÁCULOS Á QUE PONE TÉRMINO LA FIRME VOLUNTAD DE LA REINA.—EL INTERÉS QUE MUESTRA ISABEL AL ALMIRANTE Y Á SUS HERMANOS SE CONVIERTE EN ORIGEN DE ODIOS IMPLACABLES CONTRA ELLOS POR PARTE DE FONSECA Y DE LAS OFICINAS DE MARINA.—RETRATO DEL OBISPO COVACHUELISTA DON JUAN DE FONSECA.—NOMBRAMIENTO DE UN COMISARIO ENCARGADO DE INFORMAR ACERCA DE LAS QUEJAS FORMULADAS CONTRA EL ALMIRANTE.—REGRESO DE DON DIEGO COLON Á LA ESPAÑOLA.—INGRATITUD DE AGUADO, EL PROTEGIDO DE COLON.—SUS QUEJAS CONTRA EL ALMIRANTE, SU INFORME ACERCA DE LA ADMINISTRACION DE LA ISLA.—PRIMERA TEMPESTAD QUE RECIBIÓ EL NOMBRE DE HURACAN.

### § I.

Miénttras tanto, los nobles desertores habian llegado á la Corte. Su justificacion era imposible si no demostraban que era excesivamente horrible la administracion del Almirante. Pedro Margarit y el padre Boil encontraron en las oficinas de marina un estrepitoso eco de sus exageraciones y calumnias, y no dejaron de apoyar esas quejas el arcediano Fonseca y el inspector Juan de Soria. Los hidalgos embarcados fraudulentamente no hablaban sino con amargura de la Española, tierra de desastres y desengaños. Presentábanse como librados de una muerte inevitable en aquella isla donde el risueño verdor engendraba miasmas mortíferos para los europeos; donde el hambre amenazaba acabar con los que la enfermedad habia respetado, y donde todos los males los agravaba la odiosa tirania del Almirante, y más particularmente, de sus hermanos.

Dábanse los desertores aire de victimas escapadas del despotismo de Colon, que iban á refugiarse bajo el poder paternal de los Reyes, y pedir proteccion contra la arbitrariedad del gobernador de las Indias. Traian cartas dictadas por la male-